

TODO LEGAL
Los grandes zarpazos de la elite
financiera chilena (1973-2021)

Carlos Tromben
Ignacio Schiappacasse

Primera Parte
(1973-1990)

CAPÍTULO I

La burbuja de Sebastián (I)

Ubicado en el barrio El Golf, el hotel W es el punto de encuentro social de Sanhattan, sede de la polis financiera de Santiago de Chile. Allí, las corredoras de bolsa realizan sus eventos y seminarios, los gurús de las finanzas dictan charlas pagadas por los bancos de inversión y los ministros tratan de ganar respaldo para implementar sus medidas. Pero el evento de ese jueves 3 de agosto de 2017 es especial: “Política y Sociedad / Vientos de Cambio”, se lee en los pendones.

Los primeros invitados ya llegan; tras chequear sus nombres en la lista reciben una credencial y una carpeta con el programa. Los pasillos se llenan y el fotógrafo Rodolfo Jara, del *Diario Financiero*, registra numerosos retratos de grupos en el chip de su cámara. Los periodistas acreditados, Lina Castañeda de *El Mercurio* e Iván Weissman de *El Mostrador*, salen a la caza de las primeras cuñas.

El salón está lleno a tope, sumido en una penumbra azulina como la de una sala de conciertos. Los asistentes han venido a eso, a presenciar el espectáculo de la polis financiera y su rey Midas.

Las puertas se cierran y el sistema de sonido amplifica una secuencia musical. Tres grandes pantallas alternan el logotipo de Moneda Asset Management con una presentación multimedia. El mundo es una esfera y está hecho de conexiones y nodos que titilan como estrellas en el firmamento. Los espectadores se proyectan con sus sueños en la Cruz del Sur y la Osa Mayor. El lugar que ocupa Moneda Asset no solo es el de un oráculo, sino el de la materia oscura que llena los intersticios.

Fin de la música. Aplausos. Aparece un presentador: su nombre es Esteban Jadresic, economista jefe de Moneda Asset. Hasta 2006 era el gerente de operaciones financieras del Banco Central de Chile; hoy trabaja para la materia oscura.

Jadresic calienta el show, anuncia sus números fuertes y cede el estrado a su jefe, el dueño de casa.

* * *

Pablo Echeverría Benítez lleva un traje ajustado azul marino, camisa blanca y corbata de seda celeste. Es un hombre de rostro anguloso y barba casual. Echeverría es uno de los socios de Moneda Asset Management y su rostro lleva las marcas de muchas amanecidas. Ajusta los micrófonos y aparece multiplicado en las tres pantallas. Lina Castañeda registra sus palabras para *El Mercurio*¹:

1. *El Mercurio*, “Pablo Echeverría afirma que las autoridades «experimentan placer» con «permisología»”, 4 de agosto de 2017, p. B2.

Hay que mejorar la calidad y la coordinación de las instituciones del Estado... Algo anda mal cuando la “permisología”, por ponerle un nombre, se vuelve una industria floreciente en el país. Si parece que las autoridades públicas experimentarían una suerte de placer cuando piden nuevos permisos, o someten a revisión resoluciones de otros organismos, o fijan nuevas regulaciones.

Moneda Asset administra inversiones por 2932 millones de dólares aportados por fondos de pensiones. Cobra comisiones por ello. Lo interesante es que, entre los invitados al evento hay varios de los gerentes de esas AFP, las mismas que confían en Moneda Asset esos millones y pagan esas comisiones como costo operacional. Pablo Echeverría tiene para ellos un mensaje de apoyo:

Frente a lo que se conoce de la propuesta del Gobierno para reformar el sistema de pensiones, Echeverría puntualizó que se buscaría “crear una entidad estatal monopólica que fuerce a los chilenos y chilenas a poner sus ahorros adicionales en ella, cortando así el principio básico de una sociedad moderna: la libertad de elegir.

Sus grandes mandíbulas se tensan para dar énfasis a la acusación. Algunos asistentes aplauden. Pero no hay de qué preocuparse, porque vienen vientos de cambio:

Los resultados de las próximas elecciones acotarán la incertidumbre de políticas económicas, permitiendo una recuperación de la confianza y la actividad económica. En este entorno, los resultados de muchas compañías chilenas y de otros países de la región tienen buenas perspectivas de desempeño.

Reaparece Jadresic para despedirlo y presentar al primer invitado de honor. Un “peso pesado, titán, gran demócrata, gran político y estadista”. El público aplaude de pie.

* * *

Ricardo Lagos está a seis meses de cumplir ochenta años. Ese día viste chaqueta gris, camisa blanca, corbata de color perla. Lleva sus notas dentro de una carpeta de Moneda Asset. Ha pasado por decenas, cientos de charlas y presentaciones semejantes. Las viene haciendo desde el día en que se tituló de abogado y defendió de manera brillante su tesis “La concentración del poder económico”.

Han pasado casi sesenta años desde entonces, cuando el joven Ricardo Lagos Escobar propuso por escrito en aquella tesis abolir la propiedad privada de todos los medios de producción. Una década más tarde, durante la UP, Ricardo Lagos oficiaba de interventor estatal del banco de Agustín Edwards. Pero los tiempos cambiaron y Ricardo Lagos es ahora un estadista y líder transversal. El diario *El Mercurio*, también propiedad de Edwards, elige una frase suya

para la primera página de su edición matutina: “Desde el punto de vista económico, la tarea número uno es crecer; lo demás es música”.

El público despide a Lagos con una ovación.

El *coffee break* es ocasión para que los más jóvenes intercambien tarjetas y hagan *networking*. Rodolfo Jara sale en busca de más retratos; Castañeda y Weissman encienden sus grabadoras. Vuelan las cuñas: “Es una pena que la izquierda y la centroizquierda se hayan perdido al presidente Lagos”, confiesa un asistente.

Es tal el laguismo residual del evento que Iván Weissman escribirá más tarde en *El Mostrador* sobre “la relación de amor entre Lagos y algunos empresarios”.

Diario Financiero subirá en su portal web una interesante galería de relaciones, complicidades, diálogos en sordina entre lobistas y asesores top, conciliábulos entre gerentes de fondos y empresarios en busca de capital.

Terminado el intermedio llega el turno de los gurús.

Sebastián Edwards y José Luis Daza son economistas y directores de Moneda Asset. Cada uno trae su bomba lingüística y Daza deja caer la suya: “Si no gana Piñera habrá un colapso en los mercados financieros de Chile”.

De modales suaves y afectados, Daza vive hace años en Nueva York y habla con las “eses” perfectas que suelen desarrollar los hijos de diplomáticos. Sus ojos negros no parecen albergar emoción alguna y dar por sentada la total identificación entre los intereses bursátiles y los de la población en general. El economista lleva una semana difundiendo en los medios un panorama dantesco, una batalla épica entre la sensatez y el populismo. *La Tercera* publicó el día anterior una entrevista suya en la que afirma: “En Chile nos jodimos con Bachelet”.

Lina Castañeda registra las palabras de Daza para *El Mercurio* y no considera relevante glosarlas, consignar que Daza es director de Moneda Asset, además fundador y presidente de un *hedge fund*, es decir, un fondo que vende productos financieros a otras empresas financieras. Iván Weissman, sí.

QFR Capital enfrenta una fuga masiva de aportantes. En menos de tres años pasó de administrar US\$ 3400 millones a una cifra por debajo de US\$ 100 millones a octubre de este año, de acuerdo con fuentes que tienen acceso a detalles del fondo y a un informe del medio especializado *Hedge Fund Monitor* (HFM Week)².

Pero el problema de José Luis Daza no es perder clientes, no es ofrecer un servicio financiero que pierde el favor del mercado. Su problema es Michelle Bachelet. “No hay consciencia del daño que hizo la reforma laboral”, remata.

José Luis Daza tiene fama de gurú, de ganador. Le ha ganado al S&P500, el índice más importante de Wall Street, dicen, dice él y se le cree. Sebastián Edwards también tiene su fama. El académico, novelista de éxito y director de

2. *El Mostrador*, “José Luis Daza y su momento más complejo como administrador de activos”, 17 de noviembre de 2015. Disponible en línea.

Moneda Asset, confesó alguna vez haber votado por Volodia Teitelboim, el candidato comunista al Senado por Santiago en las elecciones de marzo de 1973. Pero ese pecado de juventud ya le ha sido perdonado, igual que los de Ricardo Lagos. Sebastián Edwards también aporta lo suyo a la profilaxis antipopulista.

Edwards calificó de una “tontera” pretender que la tasa de impuestos en Chile alcance el promedio de la OCDE, dado que el país es el tercer país más pobre del bloque y tiene un acervo de capital mucho menor. “Hay que tratar de invertir lo más posible para acumular capital y contar con una tasa impositiva que fomente la inversión”³.

El programa sigue con un conversatorio entre Edwards y un gringo famoso. Se llama David Rubinstein y es el CEO del grupo Carlyle, que “administra más de ciento setenta mil millones en activos y es una de las compañías de capital privado más grandes del mundo”, según escribirá Lina Castañeda para *El Mercurio*. La periodista no consigna que el grupo Carlyle es un proveedor de servicios financieros de Moneda Asset, y que Moneda Asset *revende* las mismas cuotas del fondo Carlyle a las AFP, cobrando por ello una comisión que se extrae de las cotizaciones previsionales a través de las llamadas comisiones fantasmas. “[Rubinstein] aseveró que las economías más atractivas de la región son Perú y Colombia. En Chile vemos menos oportunidades porque es muy pequeño”⁴.

El público comienza a menguar en el salón. No todos volvieron del *coffee* y el número de sillas vacías aumenta aún más para cuando llega el turno del orador final, el plato de fondo.

El socio estrella de Pablo Echeverría y Moneda Asset.

El próximo presidente de Chile.

* * *

Sebastián Piñera está de regreso, altivo y sonriente, extasiado. Amo entre los amos. Rodolfo Jara lo intercepta con su cámara en el pasillo, escoltado por sus escuderos de Moneda Asset, Pablo Echeverría y Fernando Tisné.

A Lagos se le ha dispensado el tratamiento de presidente y lo mismo ocurre con Piñera. El evento cambia de tenor y su naturaleza se torna transparente. Es un acto de campaña.

Según datos del Servel, Pablo Echeverría y Fernando Tisné han hecho sendas contribuciones monetarias a la campaña de Sebastián Piñera. Cuatro millones de pesos. No es mucho, pero suficiente para aclarar que ninguna aseveración vertida allí es inocente ni desinteresada.

3. *El Mercurio*, “Daza: Si Piñera no gana, habrá un colapso en el mercado financiero”, 4 de agosto de 2017, p. B2.

4. *Idem*.

El público presente, todos en mayor o menor medida, necesitan un triunfo de Piñera en las urnas para rentabilizar su inversión, sus cargos, su reputación. Él mismo, sin ir más lejos. Él también necesita ganar la elección, porque los intereses del candidato y del inversionista coinciden.

Todo es representación y Sebastián Piñera sabe cómo hacer una. Sabe cómo plantear un desafío interesante; por ejemplo, que Chile logre ser un país desarrollado en ocho años. Uno de los treinta y cinco mejores países del mundo para vivir. “Es difícil, pero se puede”, dice.

Los aplausos para Piñera son intensos, pero no alcanzan a emular los que recibió Ricardo Lagos. Lina Castañeda lo deja pasar. Iván Weissman no. Escribe en *El Mostrador*: “Y aunque después de todos estos años a Piñera han aprendido a quererlo, a la relación le falta pasión. Con Lagos es una historia de amor que no termina”⁵.

Piñera se da cuenta y sale en busca de amor de la única manera que conoce: peleando, provocando. Elige a Rodrigo Valdés, ministro de Hacienda en ejercicio. Piñera lo califica de “operador político” por “faltar a la verdad acerca de la reforma previsional”.

Ministro, usted está equivocado y, lo peor, usted sabe que está equivocado. Esta reforma empieza a regir en forma inmediata, apenas se apruebe, que espero que sea el próximo año, y se va ampliando en forma gradual para alcanzar su plena implementación en un plazo cercano a los ocho años. Pero los efectos se van a sentir desde el primer año⁶.

Porque los fondos previsionales no son un juguete, son algo muy serio y a Piñera le preocupa sobremanera lo que vaya a suceder con ellos.

Quiero agregar que, si hay algo que está dañando a los pensionados futuros de nuestro país es lo que este Gobierno está haciendo con Chile. Un país que no crece, que no crea trabajo y que no mejora los salarios está perjudicando gravemente a los pensionados futuros de nuestro país.

En rigor Sebastián Piñera es socio de todos los cotizantes de las AFP Habitat, Cuprum y Provida, puesto que, tanto ellas como él, tienen intereses comunes en los fondos de Moneda Asset. Pero los periodistas presentes lo omiten. Repiten a los gurús Daza y Edwards, el atlético Echeverría y el propio candidato a la presidencia: que el Gobierno de Michelle Bachelet está perjudicando a Chile. “Habrá que reconstruir al país después de Bachelet”, y Sebastián Piñera estará disponible desde el primer día para asumir este hermoso desafío.

5. *El Mostrador*, “La nostalgia se toma el seminario de Moneda Asset Management”, 4 de agosto de 2017. Disponible en línea.

6. *Idem*.

En rigor, el evento recién descrito fue más que un acto de campaña para Piñera o de relaciones públicas para Moneda Asset. Fue un episodio de lo que el economista y premio nobel Robert J. Shiller denomina economía del relato. Según esta nueva veta de análisis, los resultados económicos, las tendencias bursátiles y la valoración de los activos financieros no se construyen solo por expectativas racionales o irracionales, sino también a través de relatos.

¿De dónde nacen las expectativas sino de una narrativa promedio y que la prensa especializada denomina “el mercado”? Constantemente estamos recibiendo y replicando relatos acerca de la evolución de los precios, de lo bueno o malo que es consumir, invertir, comprar casas o venderlas.

Para Shiller, las narrativas económicas operan igual que un virus. Pasan por una etapa de contagio alto, mientras se concibe y se distribuye un antídoto eficaz que suele ser... otra narrativa.

Es lo que vemos en los pasillos del hotel W, en las fotos de Rodolfo Jara y el registro de Castañeda y Weissman. Un relato que llamaremos “la burbuja de Sebastián” o “el último sueño de la polis financiera” antes de su debacle electoral en mayo de 2021.

Según la narrativa de Sanhattan, el país había puesto en juego su futuro por culpa de las reformas socialdemócratas de Michelle Bachelet, pero el regreso de Piñera y la derecha alejaría el peligro y reinstalaría el crecimiento como prioridad, por encima de la redistribución y el fantasma del populismo.

Del crecimiento, sostenía la misma narrativa, saldrían los nuevos empleos para la gente, pero también plusvalías para los grandes inversionistas. Los activos se revalorizarían y una nueva era de prosperidad bendeciría al país.

Como todas las burbujas financieras, la burbuja de Sebastián se basó en un relato: que el país había dejado de crecer por las reformas. Según el relato de la polis financiera, repetido *ad nauseam* por los medios, el problema del país se reducía a excesos regulatorios que disuadían la inversión.

No se podía permitir que floreciera otra narrativa: la narrativa de un país que se estancó por su estructura económica, por la desigualdad y el desajuste entre asalariados y capitalistas, entre la mayoría y unos pocos.

El problema se resolvería cortando el debate regulatorio, el debate de los impuestos y de la redistribución. Había que enterrar a la centroizquierda e instalar a la derecha por un mínimo de ocho años en el Gobierno para que todo volviera a la normalidad.

A fines de 2016 Piñera había dejado en suspenso su candidatura presidencial. Pero la narrativa ya estaba corriendo y con ella la burbuja de Sebastián. Durante todo el verano la bolsa subió, y en marzo de 2017 rompió la barrera final: un semestre de crecimiento de dos dígitos.

En cada evento del hotel W, la narrativa cobraba más fuerza y con ella la burbuja. Sus agentes de contagio no paraban de transmitirla. Un rol gravitante, como veremos más tarde, lo desempeñaron las propias AFP con ahorros de todos los trabajadores.

En agosto la burbuja adquirió el carácter de *bull market*, como se denomina en la jerga de Wall Street a un mercado en expansión sostenida.

Pablo Echeverría y Moneda Asset avanzan con viento de cola, y en aquel evento del 3 de agosto de 2017 agregaron un nuevo capítulo a la narrativa. Los medios lo repitieron: en materia de inversiones, el Ejecutivo vislumbra “perspectivas particularmente positivas para renta variable, tanto en Chile como en el resto de Latinoamérica”⁷.

Piñera ganaría y la bolsa seguiría subiendo. Argentina subiría también porque allí estaba Mauricio Macri. Y Colombia también subiría con el uribismo de regreso con Iván Duque. Estaba además Pedro Pablo Kuczynski para asegurar que Perú no se desviaría de la sensatez. En Brasil ya se habían deshecho por fin de Lula y así todos los países tendrían gobiernos moderados, gobiernos sensatos, amigables con el capital financiero, y en conjunto aislarían a Maduro, asfixiarían a Evo y una nueva era de prosperidad y consenso permitiría dejar atrás los años oscuros.

Para eso estaba el gigantesco fondo Moneda Deuda Latinoamericana, ofreciéndoles a las AFP estupendas oportunidades de inversión en Brasil, Argentina, Perú y Colombia.

El 3 de agosto de 2017, la polis financiera salió del hotel W reconfortada, segura del relato que había abrazado con entusiasmo. El índice selectivo de la Bolsa de Santiago, el IPSA, terminó en 2017 con un incremento de 34,6 %, el más alto en una década.

* * *

Piñera ganó las elecciones en segunda vuelta y el colapso vaticinado por Daza en el seminario de Moneda Asset no ocurrió en diciembre.

Llegó muchos meses después.

En abril de 2018, recién a un mes de instalado el nuevo gobierno de derecha en La Moneda, la Bolsa de Santiago comenzó a caer. En julio completó sus primeros seis meses de caída consecutiva. La burbuja de Sebastián había nacido muerta.

¿Por qué motivo aquellos que se sumaron al relato de los tiempos mejores dejaron de creer en él?

En octubre de 2018, un año antes del estallido social, las promesas de campaña no se habían materializado. Había decepción en Sanhattan, las reformas

7. *Ídem.*

no avanzaban en el Congreso y la más importante de todas, la contrarreforma tributaria, se encontraba en su recta final antes de devenir en ley cuando el ministro de Economía Juan Andrés Fontaine pronunció una frase en apariencia anodina para defender el alza de las tarifas del metro: “Los que madruguen podrán ser ayudados”.

Las semanas posteriores el país ardió y las promesas vertidas en el hotel W y durante la campaña presidencial de Piñera terminaron de hundirse. Entonces las predicciones apocalípticas de Daza se verificaron, pero por otro motivo.

Cientos de miles de personas marcharon por las plazas y avenidas exigiendo dignidad y un largo etcétera. Multitudes de jóvenes se enfrentaron violentamente con la policía, se produjeron saqueos e incendios, vejámenes y abusos contra los derechos humanos. Volaron las vitrinas, ardieron cajeros automáticos y las sucursales de los bancos y de las AFP tuvieron que ser recubiertas con latas de zinc que los manifestantes cubrieron a su vez de grafitis contra Piñera, las AFP y el Estado neoliberal.

El nuevo relato se tituló “Chile despertó”. Para sus protagonistas fue épico, mientras otros lo demonizaban, pero en concreto operó como antídoto a la narrativa viral y hegemónica de los treinta años anteriores, cuyo origen y despliegue veremos en los próximos capítulos.

Paralizado por los hechos e incapaz de retomar la agenda, Piñera cedió a un relato que la polis financiera y el partido del orden descalificaban hasta hacía poco como “fumar opio”. El país fue llamado a definirse frente a la elaboración de una nueva constitución y los resultados del plebiscito señalaron de manera rotunda la caducidad del orden pinochetista.

La polis financiera había quedado al desnudo, desprotegida, expuesta al escrutinio de los ciudadanos. Sus propagandistas y defensores perdieron el control del relato, las advertencias de “los expertos” dejaron de ser escuchadas como antes se escuchaba a arzobispos y cardenales.

Durante la pandemia causada por el COVID-19 las falencias del modelo terminaron de dismantelar una arquitectura institucional basada en un relato instalado a partir de 1975: el imperio de las finanzas y de sus tecnócratas sobre el resto de la sociedad era sinónimo de progreso y prosperidad. “Chile despertó” de su hechizo.

Los orígenes remotos de este relato están en la antigua polis financiera, la primera, la que operó en el país desde la Gran Depresión de los años treinta. Una polis que luego resistió al gobierno de Allende y logró, en alianza con militares y una potencia extranjera, derrocarlo y perseguir a sus partidarios.

CAPÍTULO 2

Pirañas, patriotas y vendepatrias

El 11 de septiembre de 1973 el ausentismo era evidente en las oficinas del centro de Santiago. Muchos funcionarios supieron desde temprano que el golpe de Estado había comenzado, dieron media vuelta en el camino o simplemente se quedaron en sus casas.

El joven economista no. Él y su novia notaron que el tránsito estaba más fluido que de costumbre y que la radio, a excepción de las emisoras Portales, Agricultura y Magallanes, estaba en absoluto silencio. Se despidieron cerca de la Oficina Nacional de Planificación, donde trabajaba ella, y él siguió camino hacia el Banco Central.

“La puerta principal del banco, la de calle Agustinas, estaba cerrada”, recuerda hoy. “Me dirigí a la entrada lateral de calle Morandé. La estrecha puerta estaba colmada de gente que salía despavorida: «¡Golpe militar! ¡golpe militar!»”.

Los que porfiaron por entrar fueron los menos. El vicepresidente ejecutivo Hugo Fazio, y el economista joven, algunas secretarias, el personal de aseo y cocina, todos rodeaban ansiosos los pocos aparatos de radio disponibles.

Escucharon los primeros bandos militares y, desde la plaza, los primeros disparos. A las 8:50 corrió el rumor de que se habían cerrado las puertas y había una persona muerta a pocas cuadras.

Los más curiosos (y temerarios) subieron al segundo piso para ver lo que ocurría.

“Ante mi sorpresa, encontré ahí a unas veinte o treinta personas mirando, bastante alejados de las ventanas”, cuenta el joven economista. Las balas “entraban en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados y se incrustaban en el techo”.

Una ráfaga de ametralladora los obligó a replegarse. Los tanques rociaban de balazos la fachada del palacio presidencial. Toda la información llegaba a través de una radio marca Toshiba traída de Panamá.

Se supo que Allende había rechazado el ultimátum de la Junta Militar. Alrededor de las 11:00 pronunció su último discurso. Era el fin de su gobierno, pero también de la democracia. Algunos funcionarios lloraban, otros estaban al borde de una crisis nerviosa. “¡A las bóvedas! ¡a las bóvedas!” ordenó Hugo Fazio, el vicepresidente ejecutivo. Todo el mundo obedeció. Se refugiaron en la bodega metálica donde se almacenaba la masa monetaria del país, los billetes y monedas, las divisas, los lingotes de oro y los bonos de Tesorería que se emitían al ritmo creciente de la deuda pública.

El joven economista no. “Este es un momento histórico que tienes que presenciar”, se dijo.

Ya nadie disparaba contra el banco, era la calma que precedía a la tormenta y las tropas se habían retirado del área ante la inminencia del bombardeo. El joven economista se asomó con cautela y divisó gente que salía con las manos en alto desde La Moneda, por la puerta de Morandé 80. Se replegó hacia las murallas y, al cabo de un rato, oyó el sonido atronador de los aviones.

Tras el bombardeo vino el sosiego previo al asalto final del palacio. El ruido de las balas trazadoras duró un rato más, hasta el silencio definitivo.

Llegó la orden de evacuar el edificio y los funcionarios del Banco Central salieron con los brazos en alto. Eran las 16:30.

Afuera, deslumbrados por la luz del día, los soldados los hicieron formar tres filas y fueron obligados a tenderse bocabajo en el pavimento, sin importar edad o género, con los brazos detrás de la nuca como prisioneros de guerra. Los que osaban moverse eran increpados, apuntados con los cañones de los fusiles. En la calle había más gente retenida en iguales condiciones y el joven economista pensó con pánico que estaban todos muertos: “Nunca me había enfrentado así, cara a cara con mi propia muerte. Por suerte estaba equivocado”.

El suelo estaba sucio y las mujeres, muchas de ellas con movilidad limitada, suplicaron a los soldados que les permitieran quedarse de pie. “Recuerdo también a una mujer embarazada ya de varios meses que les pedía lo mismo a los soldados. Yo intervine quijotesicamente a favor de ella, pero un soldado me ordenó callar y no meterme en lo que no me incumbía”, señala el joven economista.

Estuvieron mucho rato en aquella incómoda posición, hasta que los llevaron al estacionamiento del grupo móvil de Carabineros, donde debieron dejar sus cédulas de identidad. Tanques y carros de bomberos rodeaban el Palacio de La Moneda, cuyo frontis mostraba las huellas del bombardeo.

A las 17:40, cuando quedaban veinte minutos para el toque de queda, fueron liberados. El joven economista y dos colegas de trabajo que vivían en Las Condes barajaron posibilidades. Acordaron dirigirse al departamento de los padres de uno de ellos, que vivían en el centro.

Los tres se dirigieron hacia el estacionamiento donde el joven economista había dejado su auto. En el trayecto lo detuvieron dos patrullas y se repitió el mismo rito siniestro. “Me obligaban a ponerme contra la pared con los brazos y piernas separados, me punceteaban con el cañón de sus fusiles y me palmo-teaban de arriba abajo para verificar si iba armado”, rememora.

A minutos del toque de queda logró ingresar al estacionamiento de calle Moneda y recuperar su vehículo, un Chevy Nova celeste del año 1964. Las manos le temblaban y a duras penas logró introducir la llave y encender el contacto. A las 18:04 lograron llegar al departamento que les serviría de refugio aquella noche.

* * *

Este relato es verídico. El joven economista hoy tiene hoy setenta y cuatro años y está jubilado. Se casó, se divorció. Tuvo hijos, nietos y nietas.

Los hechos históricos como el 11 de septiembre de 1973 o la caída de la República española en marzo de 1939 generan dos tipos de relatos antitéticos: victoria y derrota, libertad y clausura. El joven economista vivió lo último, la violenta interrupción de todo aquello en lo que creía.

Jorge Errázuriz Grez estaba entre los que ganaron. Tenía veintiún años y estudiaba Ingeniería Comercial en la Universidad Católica. “Yo había sido parte del movimiento gremial y era vicepresidente del centro de alumnos el día del golpe militar”, cuenta desde su casa con vistas a la bahía de Zapallar.

En el bando opuesto se encontraba Luis Mesina, un adolescente de diecisiete años. El futuro dirigente sindical militaba en la Federación de Estudiantes Revolucionarios, el ala estudiantil del MIR. “No teníamos recursos ni armas ni nada para defender el proceso”, sostiene.

Errázuriz estaba en Las Condes, Mesina en la Villa Frei. Gonzalo Martner también era un adolescente intoxicado con las lecturas de Lenin y Trotsky. Cursaba tercero medio en la Alianza Francesa y su padre era un alto funcionario del Gobierno de Allende, director de la Oficina Nacional de Planificación. Vivió el proceso de la Unidad Popular desde “la arrogancia intelectual” y la “interlocución dialéctica”, según cuenta hoy.

Ricardo Lagos Escobar, futuro presidente de Chile vio “la humareda del bombardeo” desde una casona de dos pisos ubicada en Infante 51, Providencia. Allí estaban las oficinas de Flacso, la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, en las que el joven abogado y economista se desempeñaba como secretario general.

En Las Condes, muchos vecinos, incluyendo académicos de la Escuela de Economía de la Universidad Católica, vieron el bombardeo desde el cerro Calán. Festejaron con alivio y con champaña el fin de la UP.

Al cabo de dos días de toque de queda casi total los funcionarios públicos se presentaron en sus puestos de trabajo. En el Banco Central tuvieron que hacer una fila para poder ingresar. Iban entrando de a uno; se encontraban con una mesa y, del otro lado, un civil desconocido los miraba con frialdad, les preguntaba el nombre y los buscaba en una lista. “Usted se encuentra suspendido”, escuchó el joven economista.

Algunos de los suspendidos fueron más tarde sumariados y expulsados. Muchos de los que pasaron la prueba eran funcionarios intachables, pero simpatizantes del gobierno depuesto. Era el caso del joven economista. Las nuevas autoridades lo sabían y lo sacaron del departamento de estudios. Fue destinado

a un cargo administrativo menor, en la división de crédito interno. Se estaba produciendo una depuración no solo en el Banco Central, sino en toda la administración pública. Había que extirpar el cáncer para salvar el cuerpo.

* * *

Existe suficiente información para probar que la caída de Allende fue organizada desde el momento mismo en que el proyecto de la Unidad Popular salió victorioso en las urnas. En ese esfuerzo participaron desde un comienzo el Gobierno estadounidense, la cúpula de la Democracia Cristiana, diversos sectores de derecha y las distintas ramas del empresariado.

Esta red logró arrastrar en su proyecto a buena parte de la clase media y también sectores populares. Solo nos detendremos en el análisis de uno de estos actores: la elite económica y un subconjunto de esta, el sector financiero.

Para eso hay que volver sobre la estructura económica del país de ese tiempo. Ricardo Lagos la sintetizó en su tesis de grado sobre la concentración económica.

El período histórico inmediatamente anterior, denominado Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI) que se extendió desde el *crash* bursátil de Wall Street de 1929 hasta 1970, estuvo caracterizado por las constantes tensiones y pugnas entre los productores industriales (textiles, electrodomésticos, etcétera) y los empresarios dedicados a producir para el mercado internacional. Mientras los primeros defendían políticas proteccionistas, los segundos promovían la apertura y la reducción de tarifas arancelarias.

Todos esos conflictos pasaron a un segundo plano con la llegada al poder de Allende y la amenaza que representaba su proyecto de socialismo con empanadas y vino tinto.

Agricultores, productores de televisores y electrodomésticos, textiles y banqueros, todos se subieron al mismo carro para defender sus intereses frente al ideario allendista de nacionalizar la banca y las grandes empresas, crear un sector industrial mixto y dejar un espacio específico para productores privados de tamaño medio.

Así, la coalición de empresarios que estuvo detrás del golpe fue una amalgama que unió a sectores de la economía anteriormente enfrentados en la puja por incidir en las políticas públicas.

Esa coalición fue dominada en un comienzo por grupos tradicionales como Matte, Yarur y Edwards, todos identificados por Ricardo Lagos en su trabajo seminal de 1961⁸. Entre ellos había familias tradicionales y migrantes enriquecidos.

8. Ricardo Lagos (1961). *La concentración del poder económico. Su teoría. Realidad chilena*. Santiago, Chile: Editorial del Pacífico.

Los banqueros no opusieron tanta resistencia a Allende, cuyo gobierno ofreció comprar acciones de los bancos. Muchísimos accionistas grandes aceptaron y los partidos de derecha los tacharon de “vendepatrias”. Una nota de la revista *Qué Pasa* publicada en junio de 1972 lo ilustra con nombres y apellidos:

En verdad, descalificar sin discriminación ni apelación a quienes ceden a la voracidad estatizadora de la UP es un juego peligroso... Los políticos que escupen al cielo el despreciativo “vendepatrias” pueden recibirlo de vuelta en la cara. Por ejemplo: el PN (Partido Nacional) debe recordar que uno de los primeros vendedores a Corfo de acciones del Banco Sudamericano fue Jorge Alessandri. La DC, su juventud inclusive, no debe olvidar los negocios que militantes del partido controlaban y que fueron cedidos al Estado... El Banco Osorno y la Unión, el Banco Nacional del Trabajo⁹.

La excepción a esta pasividad de Alessandri, la DC y los controladores de la banca, fue un grupo de menor tamaño, que hoy llamaríamos “emergente”. Tras un comienzo vacilante sus socios decidieron hacerle frente a la UP. Ese grupo reunía a un puñado de jóvenes ambiciosos e innovadores. Se le conoció como “los Pirañas” y serían los protagonistas de lo que vendría después del golpe. En ellos estaba la simiente de la futura polis financiera, la que comenzaría a reconstituirse después del golpe, gracias a la labor de un puñado de tecnócratas y a una nueva y radical narrativa económica.

* * *

Ricardo Claro Valdés, Javier Vial Castillo y Fernando Larraín Peña hicieron la enseñanza media en el mismo colegio católico de elite, el Saint George’s. Claro estudió Leyes en la Universidad de Chile y cobró cierta notoriedad como soplón. Vial y Larraín, en cambio, siguieron estudios de Agronomía.

A mediados de los años sesenta se asociaron para sacudir el lánguido y soporífero escenario financiero local. En esta primera polis financiera la banca no tenía el poder que posee hoy; compartía espacio en el circuito de ahorro, crédito e inversión con las cooperativas, las cajas de previsión y el llamado Sistema Nacional de Ahorro y Préstamo (Sinap), compuesto por decenas de asociaciones.

Como un cardumen voraz y concertado para atacar, Vial, Larraín y Claro introdujeron una práctica desconocida hasta entonces: la compra hostil de empresas. En 1964, cuando ninguno de los tres tenía más de veinticinco años, “atacaron” y “devoraron” a los accionistas del Banco Hipotecario de Chile (BHC) y tomaron el control de la institución. Aquella fue la primera de muchas jugadas de los Pirañas.

9. *Qué Pasa*, semana del 6 de julio de 1972, pp. 9-10.

El BHC pasó a ser su buque insignia y el nombre semioficial por el que se hicieron conocidos. En contraste con los conglomerados tradicionales, los Piraña fueron el paradigma de un nuevo tipo de grupo económico centrado casi exclusivamente en el sector financiero.

Después del banco se expandieron al sector de los seguros. Compraron una somnolienta compañía fundada por empresarios de origen alemán en 1916 y de la cual Ricardo Claro era abogado: Seguros La Industrial.

Antes de que existieran las AFP, los seguros eran uno de los pocos espacios que permitía a un empresario privado captar recursos directamente del público (a través de pólizas) e invertirlos en acciones y bonos de otras empresas, generando así un grupo de control.

Una solicitud de aumento de capital presentada a la Superintendencia de Valores muestra la cartera accionaria de La Industrial al 30 de septiembre de 1968. Se compone por partes iguales de acciones del propio BHC, el banco controlado por los Pirañas, y títulos de empresas con chimenea como la papelera de los Matte, el fabricante de galletas McKay, la empresa de artículos de cocina Fensa y Mademsa, y la compañía azucarera de Viña del Mar CRAV¹⁰.

Existe abundante información del enfrentamiento entre los grupos Matte y Edwards, de un lado, y el Gobierno de Allende por el otro. Víctor Herrero describió en detalle el intento del gobierno de la UP de intervenir *El Mercurio* y la papelera, así como la firme y sincronizada reacción defensiva de ambos con ayuda extranjera¹¹.

No ocurre lo mismo con los Pirañas. De Ricardo Claro y Javier Vial se sabe poco o nada durante esos años. Fernando Larraín se instaló en Madrid y pasó todo el período de la UP allí, haciendo negocios inmobiliarios y bancarios no muy afortunados. Las riendas del grupo quedaron en manos de Manuel Cruzat Infante, un personaje gravitante para el futuro de la polis financiera. De eso da cuenta la junta de accionistas de La Industrial celebrada el 2 de febrero de 1971.

El directorio de La Industrial, en respuesta al programa nacionalizador de Allende, había presentado una propuesta para disolver la sociedad. Los accionistas, a través de sus representantes, estuvieron de acuerdo y se nombró a una comisión liquidadora, con un plazo de tres años para vender los activos y realizar las debidas devoluciones de capital.

Pese al acuerdo, los tres Pirañas decidieron echar pie atrás.

Un año más tarde, en la junta celebrada el 24 de marzo de 1972, propusieron revocar el proceso de disolución debido a que “provocaría serios problemas en el Consorcio, especialmente en lo relativo a los límites de retención que ella tiene, que no podrán aprovecharse en el futuro”.

10. Comisión para el Mercado Financiero, Consorcio Nacional de Seguros, Carpeta Administrativa Histórica, pp. 707-750.

11. Víctor Herrero (2014). *Agustín Edwards Eastman, una biografía desclasificada*. Santiago, Chile: Debate, pp. 316-354, 378-396.

Como otros grupos empresariales, después de un primer momento de pánico y desorientación frente al triunfo electoral de la izquierda, los Pirañas habían decidido resistir. Liquidar la aseguradora equivalía a quemar las naves y renunciar a un precioso mecanismo de acumulación y movilización de capitales al interior del “Consortio” (como se autodenominaban los Pirañas en sus directorios).

Solo un accionista se opuso, aduciendo que el programa nacionalizador de Allende avanzaría más rápido que el proceso de liquidación de la compañía si se decidía suspenderlo. La junta no le hizo caso y fue una decisión visionaria.

Los Pirañas también llegaron a tener participación en el Banco de Chile, el más grande del sistema en ese entonces. Allí libraron la madre de todas las batallas por su supervivencia. Según un artículo de *Qué Pasa*, “el Chile” tenía más de trece mil accionistas, “entre ellos gente tan disímil como doña Graciela Letelier, viuda del general Ibáñez, diez obispos —¡incluyendo el español de Bilbao!— y prominentes voceros de la UP como el senador socialista Tomás Chadwick y José Joaquín Brunner, líder de la izquierda cristiana”¹².

Según la publicación, a esa fecha (julio de 1972) los accionistas privados que aún no vendían sus títulos a la Corfo eran “objeto de presiones intolerables”. Entre ellos estaban los Pirañas, que todavía poseían dos millones de acciones a través del BHC. Según *Qué Pasa*, a pesar de su “difícil situación financiera” no daban su brazo a torcer

Atrincherados en la aseguradora, en el BHC y en el Banco de Chile, los Pirañas resistieron todo 1972. Al año siguiente, en marzo de 1973, Cruzat ingresó al secreto y selecto grupo de economistas encargados de elaborar un programa económico alternativo a aplicar en un eventual gobierno posterior a la Unidad Popular. De aquellas reuniones salió un voluminoso documento apodado El Ladrillo.

Una vez conjurada la amenaza, los Pirañas emergieron del búnker sanos y salvos. Mientras los funcionarios del Banco Central salían con los brazos en alto y los líderes sindicales eran ejecutados y llevados al Estadio Nacional, ellos descorchaban botellas de champán.

El Consortio volvería a funcionar en gloria y majestad. La aseguradora pasó a llamarse Consortio Nacional de Seguros.

* * *

En el estudio de los primeros años de la dictadura, la historiografía ha puesto énfasis en analizar las disputas ocurridas en el seno del régimen. Sin embargo, sabemos mucho menos sobre el proceso que llevó a los grupos financieros a lograr la hegemonía por sobre los otros grupos empresariales.

12. *Qué Pasa*, semana del 27 de julio de 1972, pp. 4-6.

Para llegar a este origen debemos retroceder en el tiempo, hasta 1970, cuando comienzan a perfilarse las candidaturas presidenciales de ese año y sus respectivos programas.

La derecha y el empresariado se alinearon desde temprano con la candidatura del expresidente Jorge Alessandri Rodríguez. Sin embargo, a la hora de elaborar el programa económico del candidato se produjo un quiebre entre dos narrativas.

Un grupo de economistas jóvenes de la Universidad Católica, con sus flamantes maestrías y doctorados obtenidos en la Universidad de Chicago, presentaron una propuesta que contemplaba una ruptura radical con el modelo económico vigente. Los empresarios de la Sofofa, cómodos en la convivencia con un Estado paternalista, se horrorizaron.

El líder de estos economistas radicales era Sergio de Castro, quien recordaría años más tarde el intento del propio Alessandri de negociar una tregua entre los dos bandos en que amenazaba dividirse su equipo económico:

Alessandri nos llamó a una reunión, en la Papelera [...] Lo que él habló en el fondo fue decir que este es un problema semántico, o sea, aquí no hay problema (de fondo, de contenidos) [...] Bueno, nosotros no quedamos muy convencidos de que esta fuera una cosa semántica, porque entre un proyecto de obras públicas y una liberalización de la economía no hay dónde equivocarse en semántica. [...] Total, que en eso quedamos. Nosotros, me da la impresión, no hicimos público nuestro retiro, pero ya no seguimos reuniéndonos y tratando de ayudar¹³.

Tras este fracaso, pasarían tres años antes de que las condiciones se tornaran propicias para el programa de los Chicago. Tuvo que mediar una crisis política terminal.

Luego del paro de octubre de 1972, la oposición intentó remover a Allende por la vía electoral. Ganando las elecciones parlamentarias de marzo de 1973 por un amplio margen —razonaron— podrían derribar su gobierno conservando las formas institucionales de la democracia. No resultó. La UP obtuvo el 44 % de los votos, un “triumfo” que, paradójicamente, allanó la vía al golpe de Estado.

La dirigencia de los industriales, agrupados en la Sofofa, encargó la preparación de un programa económico a dos grupos de economistas. Unos eran de la Universidad de Chile y otros de la Universidad Católica. El factor común entre ambos era haber cursado maestrías y doctorados en la Universidad de Chicago.

13. Pablo Baraona, Álvaro Bardón, Álvaro Vial, Roberto Kelly, Juan Carlos Méndez, Sergio de la Cuadra. Entrevista a Sergio de Castro (transcripción de la videograbación). Santiago, Chile: Universidad Finis Terrae, 2 de junio de 1992. Colección Videos Testimoniales, Cidoc, N.º 9.

Los de la Universidad de Chile eran cercanos a la Democracia Cristiana. Los de la Universidad Católica al Partido Nacional y al gremialismo, un nuevo movimiento político conservador, de vago tinte franquista, fundado por un estudiante de Derecho llamado Jaime Guzmán.

Muchos de quienes participaron en la redacción del Ladrillo tendrían después un rol gravitante en la fundación de la polis financiera: Manuel Cruzat Infante, Sergio Undurraga Saavedra y Juan Carlos Méndez, entre otros¹⁴.

Además del apoyo logístico y material de la Sofofa, el equipo recibió además el patrocinio político del almirante y comandante en jefe de la Armada José Toribio Merino.

El Ladrillo fue una suerte de pacto entre las distintas fracciones de la elite económica: en él se propone una amplia introducción de políticas de mercado, pero con el acuerdo de hacerlo en forma gradual en el tiempo para no dañar a los sectores acostumbrados al proteccionismo y los subsidios del Estado.

Por ello, a esta gran coalición empresarial que apoyó el golpe se le ha llamado “gradualista”. En su acabado y riguroso análisis del periodo, el politólogo Eduardo Silva señala que, en esta gran coalición, los grupos tradicionales Edwards y Matte (entre otros) ocupaban el rol protagónico y hegemónico, mientras que los conglomerados enfocados exclusivamente en la producción para el mercado nacional y los grupos centrados en el sector financiero ocupaban solo un sitio subalterno¹⁵.

Siguiendo la clasificación planteada por Silva en su estudio sobre la relación entre el Estado y la elite económica, cuando nos referimos a los conglomerados tradicionales estamos señalando fundamentalmente a grupos con grandes intereses en el sector industrial. Las empresas “con chimenea” representaban la mitad de lo que poseían grupos como Matte, Briones y Edwards, por mencionar algunos. Fabricaban papel, cemento, alimentos elaborados, productos *reales* para los consumidores finales. El sector bancario y financiero representaba la otra mitad.

El grupo Matte, por ejemplo, controlaba empresas financieras como el Banco Sudamericano y numerosas compañías de seguro (La Minera, La Previsora, La Cordillera y La Americana). Pero al mismo tiempo tenía una presencia muy importante en el sector industrial con empresas como la histórica Papelera (la CMPC, Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones), Cemento Melón, Codina y distintas empresas agrícolas¹⁶.

14. A Juan Carlos Méndez lo veremos como director de Presupuestos de la dictadura y a Sergio Undurraga como su representante comercial en Nueva York. Ambos concurren a la fundación de Moneda Asset.

15. Eduardo Silva (1996). *The State and Capital in Chile: Business Elites, Technocrats and Market Economics*. Boulder, Colorado: Westview Press.

16. Fernando Dahse (1979). *Mapa de la extrema riqueza*. Santiago, Chile: Editorial Aconcagua.

Una vez consumado el golpe se produciría una paradoja que ninguno de los actores anticipó. El modelo económico no volvería a ser el mismo que existía antes de Allende.

Hasta 1970 este modelo se basaba en industrias que sustituían importaciones, un sector financiero que incluía cooperativas y asociaciones de ahorro y préstamo y cajas de previsión, y finalmente un gran Estado empresario y regulador de precios (incluyendo la tasa de interés). Allende le agregó el control total de la minería y la banca.

Poco a poco, dentro de la nueva lógica de poder al interior de la dictadura, la arquitectura institucional comenzaría a cambiar bajo el impulso de un grupo emergente. Los mismos jóvenes que habían participado del fallido programa económico de Alessandri y más tarde habían redactado El Ladrillo se ubicaron en puestos estratégicos dentro del Gobierno. Fuera de él se instaló una nueva generación de empresarios con una fuerte vocación por lo financiero.

* * *

Los primeros meses después del golpe fueron los de la Junta Militar de Gobierno, el poder constituido y el poder constituyente, el ejecutivo y el legislativo unidos en una suerte de semidiós vengativo y profiláctico. Era la ley marcial, la ley de fuga, la Caravana de la Muerte y el *Te Deum*.

Mientras los vencedores celebraban y los derrotados temían por sus vidas, se comenzó a decantar la nueva realidad económica. El desabastecimiento desapareció a los pocos días del golpe; la inflación, en cambio, se mantuvo en tres dígitos durante mucho tiempo. Las cuentas nacionales tampoco cuadraban en un escenario externo difícil de alzas del precio del petróleo y un desplome del cobre.

La inflación había sido un mal endémico en casi todas las economías latinoamericanas de posguerra. En Chile ningún gobierno la pudo domesticar y durante el periodo de Allende llegó a su paroxismo.

Frente a la inflación había dos narrativas populares: según la primera, la inflación era culpa de los monopolios y de los comerciantes inescrupulosos que subían los precios. Robert Shiller la identifica con el término *profiteer*. Una especie de “gananciópata”¹⁷.

De acuerdo con la segunda narrativa, los culpables de la inflación eran sindicatos codiciosos coludidos con políticos populistas, quienes imponían sus términos a los empresarios y al Estado.

17. Robert Shiller (2020). *Narrative Economics: How Stories go Viral & Drive Major Economic Events*. Princeton & Oxford: Princeton University Press, pp. 346-382.

Ninguna de las dos era del todo cierta ni del todo falsa; se usaban y difundían en función de intereses políticos y sesgos personales¹⁸.

El nuevo equipo económico tuvo que hacerse cargo del problema de la inflación y la responsabilidad recayó en dos hombres: Fernando Léniz y Raúl Sáez.

Ambos eran ingenieros civiles, unos centristas arrastrados por la vorágine de los tiempos a trabajar por una dictadura militar legitimada en aquellos días en el manto de la “salvación nacional”.

Fernando Léniz había trabajado en los grupos Matte y Edwards y asumió la cartera de Economía y Fomento, en ese entonces la más importante del equipo económico.

Raúl Sáez era cercano a la Democracia Cristiana, había sido ministro de Frei Montalva y se le conocía por la compleja operación de ingeniería que salvó a Valdivia de desaparecer bajo las aguas del lago Riñihue, tras el terremoto de 1960. En aquella ocasión Sáez trabó amistad con un piloto de helicóptero de la FACH llamado Gustavo Leigh. Trece años después de aquella hazaña, Sáez fue patrocinado por Leigh como coordinador del área económica de la Junta Militar, una especie de ministro sin cartera que operaba desde una oficina ubicada en el Club de la Fuerza Aérea, frente al Teatro Municipal.

Durante dieciocho meses Léniz y Sáez dieron la pelea contra la inflación. Sabían que para lograrlo debían introducir cambios en la arquitectura económica e institucional del país, y su receta era gradual. Desregularon algunos precios minoristas, devolvieron las empresas intervenidas por el gobierno de Allende, pero no las nacionalizadas. Buscaron modernizar el mercado de capitales, pero sin afectar a las cooperativas ni el Sistema Nacional de Ahorro y Préstamo (Sinap), entonces un actor relevante del sistema financiero y del mercado inmobiliario.

En este contexto de emergencia comenzó a destacarse el ministro de Hacienda, entonces un cargo menor. Su nombre era Jorge Cauas, economista de la Universidad de Chile, exvicepresidente ejecutivo del Banco Central durante Frei Montalva y demócratacristiano hasta que asumió dicha cartera. Cauas introdujo el Impuesto al Valor Agregado (IVA), el más regresivo de los impuestos, para robustecer las alicaídas arcas del Estado.

Comenzó una agresiva campaña destinada a comerciantes y consumidores: “Exija su boleta”. Sin boletas de compraventa no se podía cobrar el IVA, el principal alimento del Estado.

Léniz y Sáez multiplicaron esfuerzos para estabilizar los precios y obtener financiamiento externo. Mientras tanto los grupos financieros, en particular los Pirañas, movieron sus piezas.

* * *

18. *Idem.*

En el momento de su separación, los Pirañas poseían participación en el banco BHC y en el Banco de Chile, un número importante de sociedades de inversión y cuatro compañías de seguros (La Trasandina, La Confianza, La Industrial, y La Estrella). En el sector industrial controlaban un 25 % de la propiedad de Fensa y Mademsa, además de participaciones societarias en un par de compañías mineras¹⁹.

Javier Vial mantuvo el control del buque insignia y del nombre BHC. Ricardo Claro, el menos financiero de los tres, se quedó con Cristalerías Chile y otras empresas con chimenea.

Tras su desafortunada incursión en España, Fernando Larraín Peña regresó al país y se asoció con Manuel Cruzat, su cuñado y quien lo había representado en los directorios durante los años de la UP. A partir de la aseguradora La Industrial, comenzaron una sostenida expansión, combinando empresas productivas con un sólido y agresivo pie en las finanzas. Así nació el grupo Cruzat-Larraín.

Durante la segunda mitad de los años setenta y comienzos de los ochenta, tanto Vial como Cruzat-Larraín tendrían un rol protagónico en el devenir de lo que llamaremos “la segunda polis financiera”.

En comparación con los grupos más tradicionales, Cruzat-Larraín y Vial no solo tenían una estrategia agresiva para crecer. También aplicaban técnicas de administración más modernas, en buena medida debido a la formación de sus cuadros en las aulas de Harvard, Columbia y sobre todo de Chicago. Administraban sus empresas productivas bajo el paraguas de una sociedad “madre” centrada en el sector financiero, desde la cual se expandían y “colgaban” las distintas subsidiarias.

Tanto Vial (BHC) como Cruzat-Larraín fueron también pioneros en la creación de departamentos de estudios, sendos semilleros de altos funcionarios de la dictadura, futuros empresarios, ejecutivos y tecnócratas. Para liderar el departamento de estudios de su conglomerado, Manuel Cruzat fichó a un joven economista que venía regresando a Chile luego de concluir su doctorado en Harvard y quien, pocos años más tarde, jugaría un rol clave en la instalación de la viga maestra de la polis financiera.

Su nombre era José Piñera Echenique.

El centro de estudios del BHC estuvo a cargo de otra joven lumbrera: Rolf Lüders, perteneciente a la segunda generación de egresados de la escuela de Chicago, quien fuera uno de los pocos chilenos que realizó su tesis bajo la directa supervisión directa de Milton Friedman. Durante los años de Allende Lüders se radicó en Estados Unidos y, una vez instalado en el BHC, contrató a otro joven economista que venía manchado por el pecado de haber simpatizado con el enemigo marxista: Sebastián Edwards Figueroa.

19. Fernando Dahse (1983). *El poder de los grandes grupos económicos*. Santiago, Chile: Flacso.

En la gran coalición que apoyó el golpe de Estado, estos empresarios financieros ocupaban un rol subordinado al de los grupos tradicionales. Los conglomerados financieros preferían una aplicación rápida del programa: el mote de Pirañas era consistente con la falta de paciencia con la gradualidad de Léniz y Sáez. De este modo Vial y el grupo Cruzat-Larraín, a los que luego se uniría el grupo Edwards, formaron el núcleo de la coalición radical.

Desde temprano abogaron por la desregulación de los precios, reducción de los aranceles de importación, la apertura de la cuenta de capitales, la flexibilización del tipo de cambio y, lo más importante, la reprivatización de la banca y de los seguros.

Tenían el empuje, el ímpetu y el aura de lo nuevo. Pero no necesariamente el poder. Eso llegaría después y gracias al sólido avance de sus aliados al interior del Gobierno militar.

* * *

La concentración del poder total por parte de Pinochet y el ascenso de los conglomerados financieros a una posición dominante dentro de la élite económica fueron dos procesos simultáneos. Ambos comenzaron en 1974 y estuvieron interconectados. Supusieron tensiones, duras derrotas y grandes triunfos para sus protagonistas, hasta la victoria final en 1978.

Pinochet no tenía opinión propia en materias económicas, solo las desconfianzas propias de un conspirador. A su izquierda tenía a Leigh y la FACH apoyando a Raúl Sáez, a los economistas de la DC y todo el viejo mundo de las cooperativas, las cajas de previsión y el Sinap. A su derecha estaban Merino y las Fuerzas Armadas, Edwards y los grupos financieros.

En este escenario inestable se movió Fernando Léniz, mediando entre las distintas narrativas desde el Ministerio de Economía.

A medida en que la situación económica, lejos de mejorar empeoraba, Pinochet se vio obligado a tomar partido.

Clave en el desenlace de esta pugna de poder fue el papel desempeñado por un joven calvo, poco atractivo, sexualmente ambiguo y reverenciado intelectualmente por sus seguidores.

El gremialismo universitario de Jaime Guzmán fue el semillero, la placenta de los jóvenes economistas conocidos desde temprano como los Chicago Boys.

Fogueados en la disputa del terreno con el MAPU y los católicos por el socialismo, tras el golpe estos jóvenes economistas ingresaron a posiciones expectantes de poder dentro del Estado. No en la primera línea a la cabeza de ministerios, pero sí como subsecretarios y asesores. Entre ellos varios discípulos de Guzmán como Miguel Kast y Ernesto Silva.

“Miguel y Ernesto me invitaron a trabajar en Odeplan”, recuerda Jorge Errázuriz. “Pero a mi padre lo nombraron embajador en París y yo les dije: «Está muy entretenido esto, pero yo me voy a París»”.

Emparentado con los Matte por su madre y su abuela materna, Elvira Matte Ossa, el joven Errázuriz vivió un año y medio disfrutando de los placeres estéticos de la capital francesa, hasta que el Estado volvió a llamarlo a sus filas.

Gonzalo Martner y Luis Mesina también salieron del país, pero por otros motivos. Lo mismo que Ricardo Lagos después del allanamiento de las oficinas de Flasco y de una conversación en Reñaca con un primo en segundo grado, que era oficial de las Fuerzas Armadas y probablemente trabajaba para los servicios de inteligencia. La advertencia de aquel, después de algunos circunloquios, fue más que clara: “Primero llevarían presos a los del círculo más pequeño, luego un segundo círculo, un poco más extenso, y después un tercero, más amplio aún, y así sucesivamente”²⁰.

* * *

A partir de los años 1974 y 75 los grupos financieros y los Chicago Boys actuaron siempre aliados, conformando una sola coalición que avanzó persistente e incansablemente hasta lograr sus objetivos: el control total del equipo económico y la reforma radical del mercado de capitales.

Habían estudiado en las mismas aulas y se conocían desde la adolescencia. Eran egresados del Verbo Divino, el San Ignacio y el Saint George’s, colegios privados solo para varones de la clase media alta y alta, desde los cuales ingresaron a la Universidad Católica a estudiar Economía o Agronomía.

Luego de su paso por el Gobierno volverían a emplearse en los mismos grupos.

Este doble proceso de cambios tuvo dos protagonistas, dos motores importantes: la ambición de Pinochet y de los controladores de los grupos financieros, y la férrea disciplina de los Chicago Boys.

En la jerga del análisis de sistemas, este doble proceso de transformación del Estado y la elite económica supuso un mecanismo de retroalimentación positiva: a medida que Pinochet concentraba más poder, los Chicago Boys se ganaban la confianza del dictador y ascendían en la jerarquía ministerial.

Al mismo tiempo, el ascenso de los Chicago Boys consolidaba el poder de Pinochet, ya que le ofrecían una plataforma ideológica de la cual carecía, un referente tecnocrático para legitimarse y enfrentar a Leigh, su adversario dentro de la junta.

20. Ricardo Lagos (2013). *Mi vida, de la infancia a la lucha contra la dictadura, Memorias I*. Santiago, Chile: Debate, pp. 290-291.

Como corolario comenzó otro ciclo virtuoso: a medida que los Chicago Boys alcanzaban mayores cuotas de poder dentro del régimen se encontraron en una mejor posición para implementar políticas que respondieran a los intereses económicos de sus socios y amigos, los controladores de grupos financieros. Así Cruzat-Larraín, Vial y compañía pudieron expandir sus negocios y su influencia en todos los sectores de la economía.

Finalmente, el poder de los grupos financieros se devolvía a los Chicago Boys en la forma de constantes loas a través de los medios de comunicación y apoyo concreto a sus reformas.

Pero una cosa era tener influencia dentro del régimen y otra el apoyo de la población. El programa radical tendría consecuencias devastadoras para los asalariados, los funcionarios públicos, los sindicatos y también para los empresarios industriales tradicionales.

Un aliado clave (e incómodo) permitió blindar las decisiones adoptadas en aquellos años frente a cualquier amenaza de desestabilización y crítica: el coronel Manuel Contreras Sepúlveda.